

EL LLAMADO DEL REY ETERNAL

Cuaresma 2021 – (DÍA 16)

Meditaciones de San Alfonso María de Liguorio

Material extra (optativo)

Ofrecemos material extra, optativo, de San Alfonso María de Liguorio, tomado de uno de los dos libros que estamos escuchando en los audios.

†

QUIEN AMA A JESUCRISTO CREE TODO CUANTO ÉL HA DICHO¹

Punto 1

Una persona que ama cree todo cuanto dice aquel a quien ama; por esto cuanto más grande es el amor de un alma a Jesucristo, más viva y constante es su fe. El buen ladrón, viendo que el Salvador moría en la cruz sin haber hecho mal alguno, y que sufría con tanta paciencia, empezó a amarle; y este amor, unido a las luces divinas, le hizo creer que Jesucristo era verdaderamente el Hijo de Dios, y le inspiró tanta confianza en él, que le rogó que se acordase de él cuando hubiese llegado a su reino.

La fe es el fundamento de la caridad, que perfecciona la fe. El que más perfectamente ama a Dios tiene también una fe más perfecta. La caridad hace que la fe sea no solamente en el espíritu, sino también en la voluntad, los que creen especulativamente, pero sin la voluntad, son los pecadores, que conocen la verdad de la fe; pero que no quieren vivir según los preceptos divinos; estos tienen una fe muy débil. Si tuviesen una fe viva, creyendo que la gracia es el mayor de los bienes, y el pecado el mayor de los males, mudarían de vida; más toda vez que prefieren a Dios los miserables bienes de la tierra, es menester decir que no creen, o que tienen una fe muy lánguida.

Al contrario, el que cree no solo en especulación sino también en práctica; que se complace en creer lo que Dios revela porque ama a Dios, este cree con perfección y de consiguiente procura conformar su vida con las verdades que cree.

El defecto de fe en los pecadores no viene de la oscuridad de la fe, porque aunque haya querido Dios que estas verdades nos fuesen incomprensibles para que tuviésemos mérito en creer, no obstante, la verdad de la fe es tan evidente, por los medios y por las pruebas que nos la han manifestado, que él no creer sería no solo una imprudencia sino una impiedad, una insensatez. La debilidad pues de la fe, nace de la mala vida. El que desprecia la amistad para no privarse de los placeres prohibidos, quisiera que no hubiese leyes que los prohibiesen, ni penas para castigarlos; trata pues de evitar el pensamiento de las verdades eternas, de la muerte, del juicio, del infierno: estas ideas le aterran, y emponzoñan sus placeres. Se buscan medios para persuadirse

¹ ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Prácticas de amor a Jesucristo*, Cap. 15.

que no hay alma, ni Dios, ni infierno, para vivir y morir como los brutos que no tienen ley ni razón.

La corrupción de costumbres es la que impulsa a publicar tantos libros y sistemas de materialistas, de indiferentes, de deístas, de naturalistas. Los unos niegan la existencia de Dios, los otros la Providencia, diciendo que Dios, después de haber criado a los hombres no pasó ningún cuidado de ellos, que le es indiferente que le amen o, que le ofendan, que se salven o que se pierdan. Pretenden otros que Dios es cruel, que ha criado almas para el infierno, que las conduce a pecar para que se condenen y le maldigan para siempre en el fuego eterno.

¡Oh ingratitud y maldad de los hombres! Dios los ha criado por misericordia, para hacerlos eternamente felices; les ha colmado de luces y de gracias para que pudiesen adquirir la vida eterna; ¡los ha rescatado por medio de sus vivos dolores en un amor infinito, y estos mismos hombres se esfuerzan en no creer nada para vivir en sus vicios! Mas a pesar de todo su deseo, estos desgraciados no podrán jamás librarse de los remordimientos y del temor de la divina venganza. Yo he publicado una obra titulada: La verdad de la Fe, en la cual he demostrado lo absurdo de los sistemas forjados por los incrédulos. Haga el cielo que renuncien a sus vicios, que amen a Jesucristo; entonces ya no tendrán más dudas, y creerán firmemente todas las verdades reveladas por Dios.

El que ama sinceramente a Jesucristo piensa siempre en las máximas eternas y conforma a ellas su conducta; conoce con el Sabio que toda grandeza terrestre no es más que humo, lodo y engaño; que la única felicidad del alma consiste en amar a su Criador, en cumplir su voluntad: que el hombre nada vale sino lo que es delante de Dios; que de nada sirve ganar el universo si se pierde el alma; que todos los bienes de la tierra no pueden satisfacer el corazón del hombre; que Dios solo le contenta; en fin, que es preciso abandonarlo todo para adquirirlo todo.

Otros cristianos hay que no son tan perversos como los de que acabamos de hablar, los cuales nada quisieran creer para vivir en sus vicios a sus anchuras. Otros, repito; creen; pero tienen una fe lánguida: creen los misterios y las verdades reveladas, pero no las creen todas. Jesucristo ha dicho: Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que tienen hambre, bienaventurados los que padecen persecución, bienaventurados sois, cuando os maldijeren, y dijeren todo mal contra vosotros, ¿Creerá pues en el Evangelio el que dice; felices los que tienen dinero, feliz el que no sufre, feliz el que se divierte, desdichado del que es perseguido y maltratado por los hombres? Estos, pues no creen, o creen sino en parte el Evangelio; el que cree totalmente en él, mira como grande dicha el ser pobre, enfermo, despreciado y perseguido del mundo. Así cree y se expresa el que cree cuanto encierra el Evangelio; y ama de veras a Jesucristo.

Afectos y súplicas

Mi dulce Jesús, vida de mi alma; creo que vos sois el único bien digno de ser amado. Creo que vos me amáis en gran manera, pues que tan gratuitamente quisisteis sufrir toda suerte de tormentos y hasta la muerte por mi salud. Creo que ni en la tierra ni en el cielo hay felicidad mayor que la de amaros y hacer vuestra voluntad. Lo creo

firmemente, y a todo renuncio para ser todo de vos, y no poseer sino a vos. Por los méritos de vuestra pasión ayudadme, y hacedme tal como vos queréis que sea. ¡Verdad infalible! creo en vos; misericordia infinita! espero en vos; bondad infinita! os amo; amor infinito, que os habéis dado todo a mi en vuestra pasión y en el sacramento adorable de la Eucaristía! yo me doy todo a vos. Protegedme, ¡oh María! vos que sois el refugio de los pecadores y mi dulcísima madre.